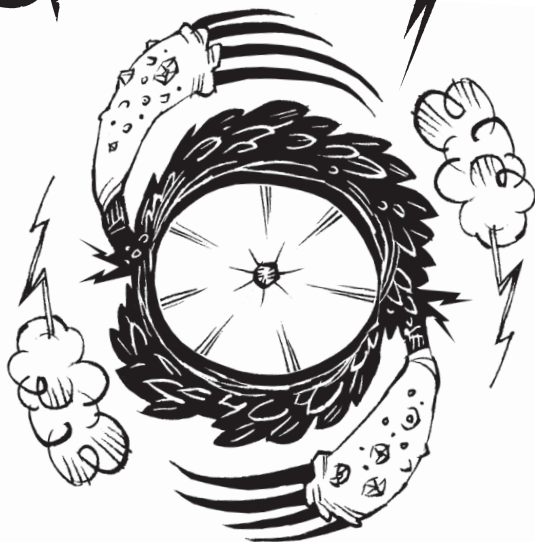




GARGANTIS



**THOMAS
TAYLOR**

TRADUCCIÓN DE GERARDO PIÑA

loqueleg®



GARGANTIS

D. R. © del texto, los mapas y las viñetas: Thomas Taylor, 2020
Publicado por acuerdo con Walker Books Limited, London SE11 5HJ

D. R. © de la ilustración de portada: Tom Booth, 2020
Reproducido con permiso de Walker Books Ltd., London SE11 5HJ
walker.co.uk

D. R. © de la traducción: Gerardo Piña, 2020

D. R. © de esta edición: Editorial Santillana, S. A. de C. V., 2021
Av. Río Mixcoac 274, piso 4, Col. Acacias
03240, México, Ciudad de México

Primera edición: septiembre de 2021

ISBN: 978-607-01-4802-6

Impreso en México

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

www.loqueleo.com/mx





Para Max — *T. T.*



PUERTO ENCANTADO



NIEBLA DEL MAR

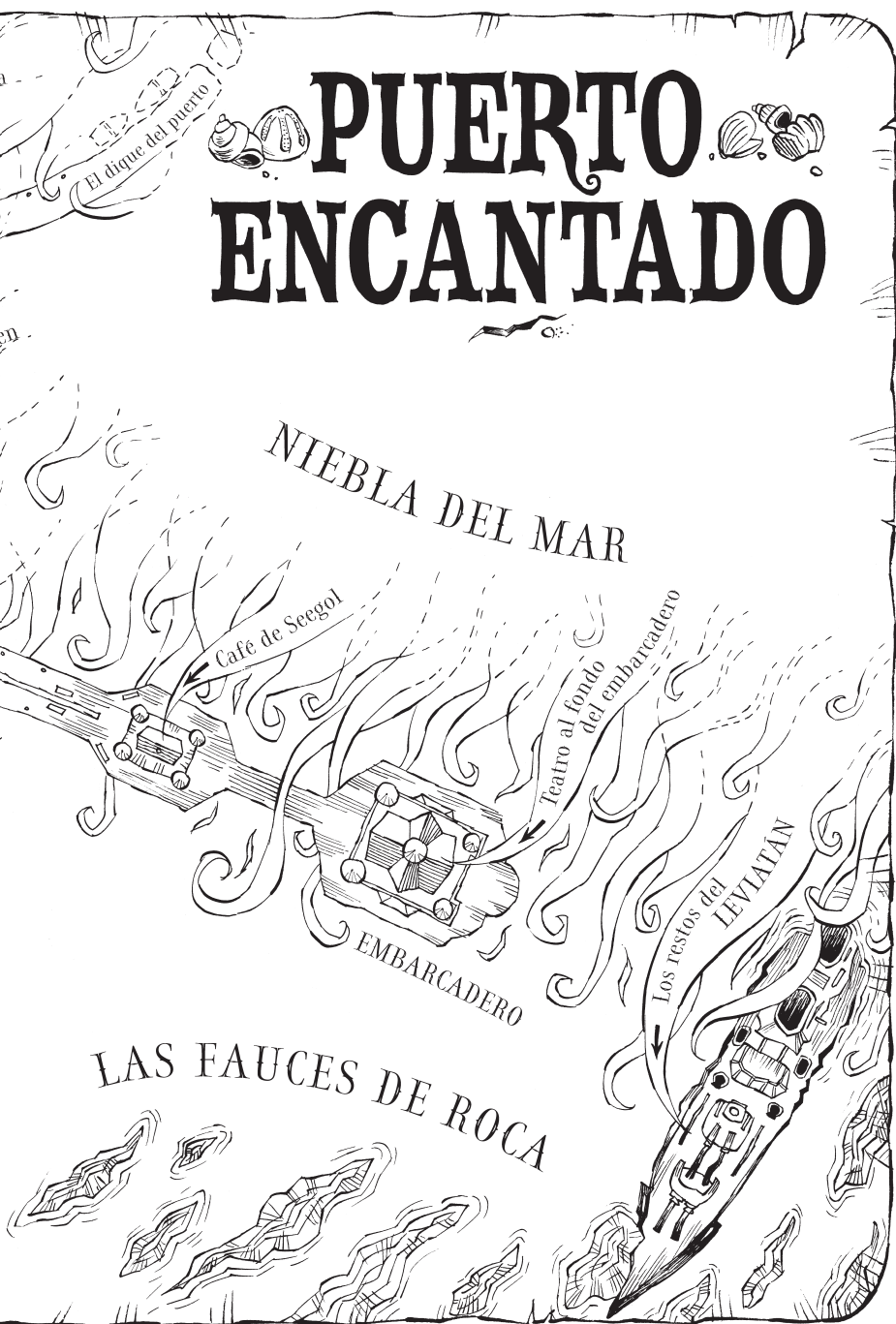
Café de Seegol

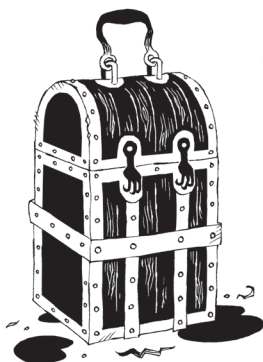
Teatro al fondo
del embarcadero

EMBARCADERO

Los restos del
LEVIATAN

LAS FAUCES DE ROCA





CAPUCHA PROFUNDA

SI HAY ALGO QUE ABUNDA EN LOS HOTELES son los extraños. Después de todo, los hoteles están en el negocio de lo extraño. Pero en ningún hotel del mundo lo *extraño* ocurre de un modo *tan extraño* como en el Hotel Gran Nautilus.

Pensemos en este tipo, por ejemplo. El que acaba de llegar durante la tormenta. El que camina por el piso de mármol vacío del vestíbulo. ¿Lo ves? ¿El que tiene la cara escondida en la capucha profunda de un largo abrigo que parece cubierto de cera y que sigue escurriendo por la lluvia? Ni siquiera se quita la capucha para hablar con la recepcionista y no suelta ni un momento su

equipaje: una caja de madera con una tapa de metal, que sujeta con su mano enguantada.

¿Quién es? ¿Cuál es su historia? ¿Qué hay en la caja?

Por supuesto, probablemente nunca lo sabremos. Y está bien. La gente tiene derecho a la privacidad. La privacidad es otra cosa que tienen mucho los hoteles. Además, hay algo siniestro en este hombre, algo amenazador que hace que *no quiera* saber más, para ser honesto. Seré muy feliz cuando esté en su habitación, haciendo cualquier cosa oscura y secreta que haya venido a hacer, lejos de mí. Ahora toma su llave y se aleja de la recepción...

... ¡y comienza a caminar hacia mí!

Me siento y me ajusto la gorra.

—¿Puedo ayudarle, señor? —pregunto mientras él, con su abrigo enorme, se detiene ante el escritorio de mi pequeño cubículo. Miro hacia arriba y no veo más que oscuridad en esa capucha colgante. La gorra se me baja en la parte posterior de la cabeza, así que la enderezo.

—Herbert Lemon —del interior de la capucha surge una voz que me estremece. Tiene un tono antinatural que me enchina la piel.

—Sí, señor —respondo—. Soy Herbie Lemon, encargado de las cosas perdidas en el Hotel Gran Nautilus, a sus órdenes. ¿Ha perdido algo?

De pronto se escucha un ruido: ¡KA-KA-BOOM!
Y un trueno cruza a todo galope en las afueras de la ciudad. El relámpago que lo acompaña solamente sirve para resaltar la oscuridad en la capucha del hombre. El viento lanza la lluvia contra los cristales de las ventanas y las lámparas del hotel parpadean.

El hombre permanece inmóvil, goteando agua de lluvia sobre mi mostrador.

—¿T-t-tal vez un paraguas? —le sugiero.

Echo un vistazo a la caja de metal que lleva en la mano. Apenas hay espacio para un cambio de calzoncillos en una cosa así.

—¿O quiere dejar su equipaje?

Mi voz ahora suena como un chillido.

El hombre se inclina, su capucha se cierra casi sobre mi cabeza. Mis fosas nasales se saturan con el hedor del abrigo húmedo y el aliento a pescado.

—No preguntes qué perdí, Herbert Lemon —surge la voz del hombre, que suena como si cada palabra la dijera con mucho esfuerzo—. Pregunta lo que encontré.

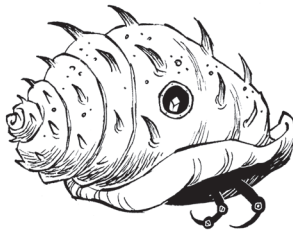
Entonces se escucha otro trueno y las luces del hotel se apagan.

Ya sé lo que estás pensando. Sí, tú..., sentado ahí, seguro en casa, leyendo tu libro con ojos de insecto,

esperando que algo horrible me pase. Estás pensando que voy a enloquecer ahora. Admito que lo estoy considerando. Pero uno no llega a ser el Encargado de los Objetos Perdidos del Hotel Gran Nautilus sin aprender a comportarse como un profesional. Mmm, bueno, sí, quizá no sea el ratón más valiente de la cesta, pero estoy en mi lugar, detrás de mi escritorio pulido, soy el amo de mi pequeño mundo de objetos perdidos y botones brillantes. Y por eso, cuando las luces se encienden de nuevo, sigo sentado exactamente donde estaba, sujetando mi gorra de Encargado de los Objetos Perdidos con ambas manos y... parpadeando frente a un espacio vacío.

Porque, por supuesto, el hombre de la Capucha Profunda se ha ido.





RAROS Y LOCOS

LA SEGUNDA REGLA EN LA OFICINA DE LOS
Objetos Perdidos es: “Mantén la calma e intenta sonreír”.

En serio, te sorprenderías de algunas de las cosas que aparecen en mi oficina: chucherías, objetos, cosos, cachivaches variados de todo tipo. Una vez tuve un ser humano vivo que respiraba y se había enviado solo, pero ésa es otra historia. Sólo tienes que tomar las cosas con calma y fingir que el casco romano, el orificio nasal falso o el candelabro cubierto de sangre que dejaron en el jardín son lo normal en un día de trabajo para un Encargado de los Objetos Perdidos. Así que la segunda regla es en la que más pienso cuando las luces del hotel se encienden para revelar que no sólo se ha ido Capucha

Profunda, sino que también ha dejado un objeto en mi escritorio.

—¿Sólo quería entregar algo? —pregunto hacia el espacio vacío donde el hombre había estado de pie—. ¿Por qué tenía que ser tan espeluznante?

Me asomo a mi cubículo y veo un rastro de agua de lluvia que lleva a la escalera principal. Si quisiera, podría seguirlo y averiguar en qué habitación se aloja Capucha Profunda.

Sí quisiera.

¿Y la cosa que está en mi escritorio? Bueno, velo por ti mismo. Es una concha.

Una concha extraña y puntiaguda, de color blanco nacarado, que parece envuelta en sí misma hasta terminar en una punta. Los pequeños picos, ligeramente curvados, suben por esta espiral a intervalos regulares. Tomo el caparazón y miro en el extremo del caracol (es una de esas conchas que tienen forma de caracol). Es más pesado de lo que parece, y produce un claro tintineo metálico cuando lo agito. Hay un pequeño agujero en un lado, con un borde de latón. ¿Tiene algo adentro? Con cuidado me pongo el caparazón en la oreja.

—Puedo oír el mar —me digo a mí mismo con una risa nerviosa de alivio—. Eso significa que está vacía, ¿verdad?

—O que tu cabeza está vacía —dice una molesta voz, y casi dejo caer el caparazón a causa de la sorpresa. Detrás de la maceta con un gran helecho, cerca de mi cubículo, está el señor Molusco, el gerente del hotel. Me quita el caparazón.

—Es brillante —dice mientras sus ojos se iluminan—. Probablemente vale bastante. ¿Qué estás haciendo con algo así, Lemon?

—Vino a entregarla el nuevo huésped, señor —digo. Al viejo Molusco se le paran los bigotes de punta y casi me arroja el caparazón.

—¿Hablaste con él? —pregunta inclinándose temeroso hacia las escaleras—. ¿Te habló?

Me encojo de hombros y espero que eso baste como respuesta.

El señor Molusco se pasa los dedos por ese cabello tan finito que tiene.

—¿Por qué siempre nos tocan los más extraños? —pregunta, aunque lo dice para sí mismo.

Me encojo de hombros otra vez.

Seguramente ya sabe la respuesta a esa pregunta. El verano es un recuerdo descolorido, y desde hace mucho tiempo Puerto Encantado dejó de parecer un pueblo costero normal, así que me pregunto si recordará cómo es la

normalidad cuando los turistas regresen. El invierno se prolonga y la tormenta más poderosa que haya visto se traga la bahía, convirtiendo el mar en un animal furioso y haciendo que soplen vientos que te arrancarían hasta el esmalte de los dientes. Sólo los raros y los locos viajarían hasta Puerto Encantado en esta época del año. ¿Y dónde se hospedarían esos raros y locos sino en el Hotel Gran Nautilus?

—Mmm, ¿habló usted con él, señor? —me atrevo a hacerle la pregunta—. Su voz era un poco..., usted me entiende. ¿No le pareció que su voz era un poco..., ya sabe?

—¡No seas impertinente! —dice el señor Molusco, recobrando la compostura de pronto—. Tienes un nuevo objeto perdido del que ocuparte, muchacho. Sin duda de gran valor. Por favor, sigue con tu trabajo.

Y tras decir eso gira sobre sus talones y se aleja a grandes zancadas.

Al otro lado del vestíbulo, Ámbar Griss —la recepcionista del hotel— me sonrío como queriendo decir: “Ay, no le hagas caso, Herbie. Ya sabes cómo es”. Y levanta su ceja, como si añadiera: “¡No dejes que te vea haciendo esa cara!”. Así que mi sonrisa le contesta: “¡Uy! ¡Tienes razón!”. Hago una mueca y me dispongo a levantar el libro de cuentas, viejo y pesado.

En este libro es donde yo, y todos los Encargados de los Objetos Perdidos antes que yo, registramos todo lo que se entrega en nuestra oficina, así como lo que se devuelve de forma correcta. Es enorme. Lo abro y paso al siguiente espacio en blanco. Escribo la hora y la fecha, luego las palabras CONCHA EXTRAÑA. A decir verdad, no estoy muy seguro de qué más escribir.

Algunos de los relojes del hotel, los más adelantados, empiezan a sonar a las siete de la noche. Ha sido un día largo, así que escribo INVESTIGACIÓN INICIADA COMO A LAS SIETE, al lado de donde dice CONCHA EXTRAÑA. Luego cierro el libro de cuentas con un ruido sordo, pongo sobre mi escritorio el cartel de CERRADO y me llevo la extraña concha a mi sótano.

El sótano es el verdadero corazón de la Oficina de los Objetos Perdidos: un ala entera del sótano del hotel que generaciones de encargados de esta oficina hemos llamado *hogar* y se ha convertido desde hace tiempo en una brillante caverna de curiosidades. Alguien lo describió una vez como “la cueva de Aladino”, pero esto no es cierto.

Es *mi* cueva.

Meto un trozo de leña en mi pequeño calentador, cuelgo mi gorra en una cosa de bronce con curvas que tengo y me dejo caer en mi enorme sillón. El vendaval

silba a través de la chimenea y las paredes tiemblan con un poderoso trueno, pero la tormenta no puede alcanzarme aquí abajo. Agarro mi lupa más grande —otro objeto perdido— y la uso para mover mi enorme ojo mientras miro de cerca la curiosa concha. En particular, el pequeño agujero forrado de latón.

—¿Algo interesante? —dice una voz y por segunda vez el caparazón casi sale volando de mi mano, mientras me levanto sorprendido.

—¿Pueden dejar de hacer eso?! —grito cuando las sombras se mueven y Violeta Parma atraviesa la luz del fuego para sentarse a mi lado. Ella sostiene un gran gato blanco.

—¿Hacer qué? —pregunta.

—¡Aparecer de la nada! Estaba pensando que este lugar es mío, todo mío, y de pronto apareces detrás de las pijamas perdidas y lo estropeas.

—Dijiste que podía venir cuando quisiera —dice Violeta alzando un poco la barbilla—. Una vez hasta me invitaste a vivir aquí abajo, ¿recuerdas?

Ambas cosas son ciertas, aunque la segunda haya resultado un poco diferente al final.

Un momento, probablemente te estés preguntando quién es Violeta Parma. A menos que hayas estado

en Puerto Encantado antes y hayas escuchado historias acerca de ella. Si ése es el caso, entonces déjame decirte que esas historias también son verdaderas. Lo sé porque fui testigo de la mayoría. No importa lo que hayas oído, ni lo que yo diga, ni lo que pienses de esta chica de pelo salvaje y ojos cafés con un gato, lo único que importa ahora es que Violeta es mi mejor amiga aquí en Puerto Encantado. Y ella sabe cómo abrir la ventana de mi sótano.

—Además —continúa Violeta—, la tormenta está peor que nunca; levantó de las patas al pobre Erwin y casi lo arrastra al mar. No pensé que te importara que nos escondiéramos aquí abajo por un tiempo —dice poniendo a Erwin, que es el gato, por cierto, en su caja favorita de bufandas perdidas, la que guardo cerca del calentador de leña—. Tienes algo nuevo —añade mirando con ansias el caparazón iridiscente en mis manos.

—Hay un agujero en uno de los lados —le digo y doy la vuelta al caparazón—. Sólo iba a mirar adentro para...

—¡Qué buena idea! —me quita el caparazón y la lupa, ahora es ella la del ojo gigante que se asoma al agujero del caparazón.

—¡Ahí hay algo! —grita.

—¿Qué es? —pregunto, decidido a no quejarme.

—En el fondo del agujero hay un pedazo de metal, como un pequeño alfiler con los lados cuadrados —el ojo de Violeta se ve más grande que nunca mientras se inclina hacia la lupa—. Parece lo que se ve cuando te asomas por el agujero de un reloj antiguo.

—¿Como la cosa que se gira con una llave?

—Exactamente —dice Violeta—. Tienes algunas de esas llaves, ¿no? Herbie, creo que hay un mecanismo de cuerda en este caparazón.

Abro la gran caja de herramientas junto a mi mesa de trabajo, saco un gran bote y con cuidado lo vacío en el charco de luz que forma mi lámpara portátil. Del frasco salen llaves de todo tipo. El asunto requiere un poco de investigación, pero logro encontrar una llave de latón que encaja perfectamente en el agujero del caparazón.

—¿Y bien? —dice Violeta cuando ve que no le doy vuelta a la llave—. ¿Qué esperas?

—Tal vez no deberíamos —respondo. Mi mente vuelve al hombre espeluznante que dejó esta concha, con su voz perturbadora y su capucha colgante—. Se supone que debo mantener las cosas a salvo, Vi, no ponerme a husmear. Quizá no sea correcto darle cuerda a esta cosa.

—¿Hablas en serio? —dice parpadeando—. ¿No sientes curiosidad por ver lo que hace?

—Tengo curiosidad, pero...

Miro hacia Erwin y veo que el gato, aunque parece profundamente dormido, tiene un ojo azul abierto de par en par y nos mira fijamente. Parece que Erwin está del lado de Violeta, como siempre.

—Me pregunto si...

—Oh, dámelo —Violeta toma el caparazón de nuevo y le da vuelta a la llave.

